

Nuestra Señora de Guadalupe: última misión de las Californias y teatro de conflictos, 1795-1840

*Miguel Mathes
Colegio de Jalisco*

Descubrimiento y exploración del Valle de Guadalupe

La expansión de las misiones californianas a raíz de la expulsión de la Compañía de Jesús, se hizo posible debido a un concordato firmado el 7 de abril de 1772 entre fray Rafael Verger, franciscano del Colegio de San Fernando de México, y fray Juan Pedro de Iriarte y Lournaga, dominico, procurador de la provincia novohispana de su orden. Este acuerdo estableció dos jurisdicciones religiosas: la franciscana, en la Nueva o Alta California, y la dominica, en la Antigua o Baja California, por lo que fray Francisco Palóu, de la orden franciscana entregó la administración de las misiones ex jesuíticas y la de San Fernando de Velicatá para que fray Junípero Serra se dedicara a la expansión de las fundaciones altacalifornianas. El 12 de mayo de 1773 llegó a Nuestra Señora de Loreto el padre procurador dominico fray Vicente Mora, con 18 dominicos, para unirse con otros 10 misioneros que habían llegado el 14 de octubre del año anterior. Durante los dos meses siguientes terminó la transferencia de las misiones peninsulares.

A lo largo del recorrido al puerto de San Diego, Palóu demarcó la frontera religiosa entre las dos órdenes. Esta primera división formal de la provincia fue en el arroyo de San Juan Bautista (San Miguel), el 17 de agosto.

Tal como en el caso de los franciscanos, los dominicos también desearon fundar nuevos establecimientos en la región desde Velicatá a la bahía de San Diego (conocida como La Frontera), por lo que el padre Mora inició el avance hacia dicho puerto y fundó la misión de Nuestra Señora del Santísimo Rosario de Viñadaco, en julio de 1774. En agosto de 1775 el establecimiento de Santo Domingo de la Frontera dio acceso a la poca conocida región montañosa del norte; y en ese año el alférez José Velázquez exploró la zona más allá de la reconocida por el padre jesuita Wenceslaus Linck en 1766, y alcanzó el río Colorado en busca de una ruta de abastecimiento desde el Pacífico al golfo de California.

Este paso para el establecimiento de comunicaciones con el macizo continental a través de Sonora, fue precedido en 1780 con la fundación de San Vicente Ferrer y el establecimiento en este lugar de un pequeño destacamento de 25 a 35 soldados del presidio de Loreto -- el llamado destacamento de La Frontera -- para proteger la zona norte de los ataques de indígenas hostiles. Esta esperanza de comunicarse con Sonora se desvaneció trágicamente con la masacre de los frailes franciscanos Tomás Hermenegildo Garcés, Juan Díaz, Juan Antonio Barreneche y Matías Moreno, al igual que el capitán Fernando de Rivera y Moncada y 42 colonos que pasaban a Alta California en la Purísima Concepción y San Pedro y San Pablo Bicuñer, región de la confluencia de los Ríos Gila y Colorado, durante la sublevación yumana del 17 de julio de 1781 que cerró efectivamente la región a los viajeros novohispanos.

Después de largas campañas contra los yumanos, en abril de 1785 el teniente Pedro Fagés, junto con Velázquez, encabezó una expedición desde San Vicente, a través de la sierra de Juárez y por el valle de La Trinidad, a las rancherías cucapás ubicadas en el delta del Río Colorado, para luego regresar a San Diego en busca de una ruta que evadiera la que brevemente había establecido Rivera y Moncada cuatro años antes. En el mismo año el padre ministro de San Vicente, fray Luis Sales, exploró hacia el norte hasta llegar al arroyo San Juan Bautista y estableció el primer sitio de la misión de San Miguel de la Frontera, la cual fundó el 28 de marzo de 1787. Al año siguiente Sales trasladó su misión al arroyo de San Juan Bautista, unos 100 km al sur de la franciscana San Diego de Alcalá.

En 1791, fray Crisóstomo Gómez, presidente de las misiones dominicas, solicitó ayuda del virrey Juan Vicente Güémez Pacheco y Padilla, conde de Revillagigedo, para el reestablecimiento de las misiones del Río Colorado. En contestación, en 1793, le fue ordenado a José Joaquín de Arrillaga, gobernador interino de las Californias, que prestara auxilio para la fundación de tres misiones. La primera fue localizada en un paraje de la sierra entre El Rosario y Santo Domingo. De mayo a octubre Arrillaga exploró la región, descubrió un sitio apropiado que fue autorizado para el nuevo establecimiento en enero de 1794, y el 27 de abril fray Cayetano Pallás fundó San Pedro Mártir de Verona entre los kiliwas.

Después de la creación de una base en la serranía de San Pedro Mártir, en octubre de 1794 el sargento José Manuel Ruiz y fray Tomás Valdellón exploraron el Llano del Álamo hacia el sur de la Sierra de Juárez, en busca de un segundo sitio para una misión, el cual encontraron en la ranchería kiliwa de Jaca-tobojol. Como resultado, el gobernador Diego Borica ordenó nuevas disposiciones para la localización adecuada de la nueva misión de Santa Catarina Virgen y Mártir, en marzo de 1795, y Arrillaga, como teniente gobernador en Loreto, nombró al alférez Ildefonso Bernal y a Ruiz con el fin de seguir la exploración. La expedición partió del cuartel de San Vicente el 18 de octubre de 1795, para marchar por el arroyo de San Vicente hasta Santa Catarina, y de ahí hacia el norte, al valle de San Rafael, y hacia el poniente, al valle de San Marcos, posteriormente el sitio de Nuestra Señora de Guadalupe, y de ahí a la misión de San Miguel, siguiendo el 27 de octubre la establecida ruta costera hasta Santo Tomás. Aunque no se presentaron nuevas sugerencias para las misiones, Bernal notó la hostilidad abierta de varios grupos indígenas que se encontraron durante el breve reconocimiento.

En el siguiente mes de julio, Arrillaga viajó desde Loreto a San Vicente, para tomar en forma personal el mando de la exploración. El 21 de julio de 1796 penetró la serranía desde San Vicente, alcanzó la Sierra de Juárez y el Llano del Álamo, y regresó por el Valle de La Trinidad a San Vicente ocho días después. Desde Santo Domingo, el 5 de agosto, Arrillaga entró a la sierra de nuevo, alcanzó la misión de San Pedro Mártir el día siguiente y el 22 de agosto prosiguió hasta La Encantada, al noroeste hacia San Felipe, de ahí al norte por la falda de la sierra, al poniente al Valle de La Trinidad y volvió a San Vicente el 31 del mismo mes. Después de un breve descanso, el 11 de septiembre la expedición marchó al norte de San Vicente por la falda de la sierra, a La Grulla, y de ahí continuó por la sierra, pasando El Álamo hasta la Sierra de Juárez. Siguiendo el arroyo de Agua Caliente hacia el oriente, descendió a la Laguna Salada y, después de recorrer las rancherías cucapás, regresó al oeste a la Laguna Hanson. El 23 de septiembre llegó al Arroyo de San Rafael, el cual siguió hacia abajo, hasta el Valle de San Rafael, rumbo a la costa del Pacífico. El 25 de septiembre se dirigió hacia el oeste-noroeste para llegar al Valle de San Marcos, donde encontró una espesa neblina la mañana siguiente. Prosiguió arroyo abajo hasta un pinar utilizado para el corte de madera para los misioneros de San Miguel de la Frontera. Entonces Arrillaga se dirigió hacia el poniente, por San Marcos, el cual describió

como un valle ancho con extensas praderas apropiadas para el pastoreo de ganado y utilizadas así por la misión de San Miguel. El 17 de septiembre alcanzó la Ensenada de Todos Santos, y al día siguiente la expedición terminó en Santo Tomás.

La fase final de la exploración de La Frontera realizada por Arrillaga se inició el 14 de octubre desde San Vicente, a través de la sierra, hasta llegar al río Colorado, siguiendo hacia el norte por la falda de la sierra a la región de Borrego, y desde ahí hacia el suroeste a San Diego, el 17 de noviembre. Aunque estas expediciones de 1795-1796 permitieron el establecimiento de una segunda misión serrana (la de Santa Catarina, por los frailes José Oriente y Tomás Valdellón, el 12 de noviembre de 1797), también demostraron claramente la dificultad de atravesar los territorios ásperos y vacíos entre el acantilado de San Pedro Mártir y el inmenso desierto del Colorado, que, habitados por yumanos hostiles, los hicieron aún más inhóspitos. Por esto, las misiones fueron restringidas a la vertiente del Pacífico y la deseada ruta por tierra fue abandonada, retrasando el desarrollo de La Frontera.

Misión de Nuestra Señora de Guadalupe de la Frontera

La expansión de las misiones se redujo aún más debido a la guerra de independencia desde 1810 a 1821; el aumento del liberalismo y el anticlericalismo con el establecimiento de la república mexicana, en 1824, y la expulsión de los españoles decretada en 1829. Aunque la mayoría de los dominicos en Baja California habían nacido en Europa, estos acontecimientos no llegaron a tener gran repercusión, debido al aislamiento de la región con respecto al centro del país. En 1817, después de unas inundaciones en San Miguel, fray Tomás de Ahumada restableció su misión en un sitio ubicado más al norte, llamado El Descanso (San Miguel la Nueva), y en 1830 fray Félix Caballero, natural de Jerez de la Frontera -- llegado a la península en 1814 para servir en Santa Rosalía de Mulegé y quien había acompañado al gobernador José María Echeandía y a fray Tomás Mancilla a La Frontera en 1825 -- construyó una iglesia de adobe en el lugar. Caballero fue misionero residente en Santo Domingo de 1827 a 1834, y, a consecuencia de haber sucedido a fray Domingo Luna en el puesto de vicario provincial y presidente de las misiones en 1832, convirtió esa misión en el centro administrativo de los establecimientos dominicos.

Después de la fundación de San Miguel la Nueva, el Valle de San Marcos floreció como un centro ganadero y atrajo a varios colonos civiles. El 25 de junio de 1834, en el sitio llamado Ojá Cuñúrr ("roca pintada"), piedra con notables petroglifos estilizados, Caballero estableció la misión de Nuestra Señora de Guadalupe, edificando una iglesia con un coro y dos altares y una residencia con refectorios, almacenes y talleres, dentro de un cuadrángulo. Como ministro residente y vicario provincial, Caballero también convirtió la nueva fundación en el centro administrativo de la península. El valle albergaba una alta población indígena de unos 400 almas del grupo diegueño, subgrupo kiwatl kumiyai, en las rancherías de Agua Escondida, San José, Rincón de los Encinos y San Antonio de Nicuárr. Además, Caballero fue auxiliado por Jatñil, del subgrupo miskiwish y capitán del cañón de Nejí, quien había formado una alianza con el destacamento de La Frontera y cuyos seguidores trabajaron en las obras de construcción, así como en la mudanza de manadas de ganado desde Santa Catarina y otros lugares a Guadalupe y San Miguel, para su mayor protección de los ataques de los kiliwas hostiles.

La nueva misión, localizada en un valle protegido y templado, a una altura de unos 300 m sobre el nivel del mar, gozó de extensos agostaderos de 41 sitios (71,935 hectáreas) para el ganado, así como el suelo arenoso de la cuenca del Río Guadalupe para el cultivo de granos. La

alta producción ganadera influyó también en el desarrollo de los ranchos de Santa Teresa, Vallecitos, Jesús María, Soledad de la Grulla, Cueros de Venado y El Aguajito. Unas 200 hectáreas bajo riego por medio de una acequia fueron sembradas de granos, y se construyó otra acequia para abastecer las caballerizas y regar la huerta de 3 hectáreas, en las que se cultivaron legumbres, vides, peras y chabacanos. Asimismo, la cercanía a la Bahía de Todos Santos permitió el comercio eventual con los barcos mercantes extranjeros que solían fondear en ella, y la misión sostuvo la cacería de nutria marina bajo la dirección del rancharo José Luciano Espinosa y un equipo de cazadores.

El 7 de noviembre de 1835, al reconocer la situación aislada de la península californiana y el papel de las misiones en la retención de la cultura mexicana en ella, el gobierno federal modificó el decreto del 17 de agosto de 1833, excluyendo la región de la secularización hasta que los actuales misioneros se retiraran o murieran, y prohibiendo el reemplazo de los mismos. Aunque una ley del 19 de septiembre de 1836 estableció la diócesis de ambas Californias y trasladó los bienes del Fondo Piadoso a ella, la península permaneció sin clero seglar. Caballero administró no solamente su misión, sino la de San Miguel la Nueva, que no tenía un ministro residente a causa de la falta de personal, cumpliendo con las visitas apropiadas a las demás fundaciones dominicas que permanecieron abiertas. El 18 de abril de 1834 visitó la misión de Santa Rosalía de Mulegé, el 4 de diciembre de 1835 la de Todos Santos, el 29 de mayo la de San Ignacio y el 9 de junio de 1836 la de Santo Domingo, para visitarla de nuevo el 27 de febrero de 1838, y Loreto hacia fines de ese año. San Ignacio fue visitada de nuevo el 12 de diciembre de 1839 y, finalmente, Santa Rosalía otra vez, el 2 de enero de 1840.

No obstante su exitoso principio, Nuestra Señora de Guadalupe compartió con su misión vecina, Santa Catarina, la constante amenaza de ataque por los grupos hostiles de yumanos y kiliwas de las regiones desérticas hacia el este. En 1836 una escolta bajo los sargentos Narciso Franco y Estanislao Armenta, compuesta de los soldados Domingo Sáez, Anselmo Tapia y el cabo Orantes, fue destinada a la misión. Al año siguiente, en marzo de 1837, el sargento Narciso Franco, del destacamento de La Frontera, recibió órdenes de su comandante, teniente José Antonio Garraleta, de llevar a cabo la ejecución de los capitanes diegueños Cartucho y Pedro Pablo, quienes habían asesinado a varios colonos civiles durante una sublevación de 200 de sus seguidores contra la ex misión y presidio de San Diego. Este acontecimiento produjo resentimiento entre otros grupos. Dos prisioneros que escaparon de San Miguel lograron reunir una fuerza de 400 guerreros que, a mediados de diciembre de 1837, atacó la misión. Aunque sólo encontraron al sargento Estanislao Armenta con cinco soldados y a Sáez, Tapia y Orantes en el cuartel, un asalto a caballo de sorpresa desde la misión con mosquetes y sables produjo muchas bajas entre los rebeldes, por lo que huyeron los supervivientes. Jatñil, aliado con el subteniente Macedonio González, luchó contra los rebeldes diegueños, y después de otro ataque contra la misión en octubre de 1839, por kiliwas y cucapás, encabezó una fuerza de 1,000 hombres contra éstos en Santa Catarina, forzando su retirada.

Un segundo asalto contra Santa Catarina a principios de 1840 logró la destrucción de la misión, y Nicuárr, capitán de Rincón de los Encinos y San Antonio, salió con una fuerza a perseguir a los atacantes. Nuestra Señora de Guadalupe permaneció relativamente sin defensa, y en febrero de 1840 Jatñil, que se había asentado en El Descanso, llegó a la misión con un grupo de gente armada, supuestamente con el intento de terminar con los bautizos forzados de los moradores de Nejí. El cabo Orantes fue golpeado y asesinado por el grupo. Uno de los colonos, José Luciano Espinosa, logró escaparse mientras Jatñil asesinaba a Francisco y José Antonio, neófitos de San Miguel. El padre Caballero logró esconderse, y Garraleta, ignorante de estos

acontecimientos, hacía maniobras con 17 de sus soldados a unos kilómetros. Jatñil y sus rebeldes pudieron escapar.

Con la destrucción de Santa Catarina y la rebelión de un supuesto aliado, Caballero abandonó su misión, y con ella, las de El Descanso, San Miguel y Santa Catarina. Dejó la manada de 4,915 cabezas de ganado vacuno, que posteriormente debieron mudarse hacia el sur, bajo la custodia del sargento Francisco Gastélum y Juan de Dios de Ocio, dirigiéndose a San Ignacio. Poco después, Garraleta y la mayoría de la tropa también abandonó La Frontera, aunque fray Tomás Mansilla continuó la administración de Santo Domingo hasta agosto de 1850. Fray Félix Caballero murió misteriosamente en Loreto después de tomar su acostumbrado chocolate, la mañana del 3 de agosto de 1840.

El abandono de las cuatro fundaciones dominicas más septentrionales, en 1840, fue un presagio de la caída total del sistema misional. En cuanto se retiraban o fallecían los frailes misioneros, sin que fueran reemplazados, muchos de los ex neófitos de La Frontera volvieron a sus culturas antiguas, y otros grupos disminuyeron debido a las enfermedades contagiosas a las cuales no tenían defensa. No se llegó a encontrar el clero seglar para ocupar las parroquias aisladas y despobladas, y por 1855 la gran empresa iniciada por Juan María de Salvatierra, S.J., en 1697, dejó de existir.